

Pedro de la Barra y el teatro chileno

Por Mario Vernal A.

Han transcurrido cuarenta años de la creación del Teatro Experimental de la Universidad de Chile en Santiago, y próximo está el día que se cumplirá otro aniversario del fallecimiento de don Pedro de la Barra García. Dos acontecimientos que he unido en este artículo, porque referirse al movimiento teatral chileno de hoy en cualquiera de sus aspectos es escribir sobre el maestro De la Barra; porque él fue la esencia y el gestor del nuevo modelo del quehacer escénico. Cuarenta años cuya historia no sólo abarca el Teatro Experimental desde 1941, sino también Concepción, Arica, Antofagasta y todos los lugares donde sus alumnos hagan teatro.

Para los que fuimos sus discípulos, hablar del maestro De la Barra, aun hoy transcurridos algunos años de su muerte, es motivo de estremecidos sentimientos de amor, respeto y una admiración sin límites. Su influencia nos moldeó para siempre; sus palabras son las nuestras; queremos que viva porque estamos vivos aún y formando gente a la que entregamos su mensaje.

¿De dónde extrajo el maestro esa nueva concepción del mundo dramático? ¿Cómo fue posible que un huaso talquino de corazón y de figura sintiera el llamado violento del mundo maravilloso que le esperaba detrás de las cerradas cortinas de un escenario? ¿Por qué no fue un profesor de aula, un escritor, un director de escuela? En cambio eligió la construcción de sueños y el mundo en que los cómicos se mueven como fuegos fatuos.

Conversador ameno; fascinante como hombre que entra sin reservas; bondadoso hasta el límite del abuso para quienes aprovechaban su inquebrantable fe en el ser humano; poseedor de un sentido de humor que le permitía descubrir el matiz cómico y diferente de todas las situaciones; ágil de respuesta; de espaldas firmes para sostener, y oídos atentos para escuchar; curioso por naturaleza; cejas espesas y bigote latino que delató su origen por todas partes. Los incontables premios y distinciones recibidos no malograron su sencillez.

Fue un formador, porque sabía claramente que la gente nueva es la base para sostener un quehacer agotador que siempre requiere fuerza renovadora. Se enriquecía constantemente con la experiencia de gozar con todas las manifestaciones artísticas ya que comulgaba con la certeza que el hombre de teatro debe complementarse y ser un "eterno estudiante".

Así era el hombre que caminó por estas calles generosas haciendo amigos y conquistando adeptos para la gran pasión que le dominaba, el único amor de su vida: el teatro. Ser dirigido por él fue una experiencia inolvidable. Los

ensayos eran sesiones en que los actores tenían el honor de participar en un rito sagrado, disciplina nacida como necesidad para tener derecho a comulgar en una entrega total; aprender a someterse a una voluntad avasalladora para permitir que el maestro trabajara como un escultor con su arcilla. No escatimaba estrategias para lograr que sus actores conocieran e interpretaran sus personajes, una presión insostenible que daba los resultados apetecidos. En Antofagasta, los montajes de "Nuestro Pueblo", "Don Gil de las Calzas Verdes", "Puntilla y su Criado Matti", "La Redención de las Sirenas", fueron representaciones que marcaron un nivel de difícil superación.

Como el mejor hombre de teatro que Chile ha producido, tuvo la visión de apoyar todo nuevo proyecto: "¡Mientras más grupos hagan teatro —decía— será mejor! La competencia es buena; obliga a superarse".

Su acento jovial y campechano está vivo en el recuerdo de aquellas largas conversaciones que siempre giraban en torno al teatro.

"¡No hay que saltarse etapas, hombre. No hay mejor aprendizaje que el que se apoya en el estudio de los grandes dramaturgos!".

Y nosotros, que en aquel tiempo apenas nos atrevíamos a soltarnos de su mano, temblábamos por la responsabilidad del cometido.

"El teatro debe ser una verdad sobre el escenario. Hay que ser honrado con uno mismo y así el público creerá en lo que está viendo".

"¡Hay que formar gente en las provincias; es la única forma de asegurar el porvenir del teatro regional!".

"No sean externos en su trabajo, y cuiden su imagen. Como actores pertenecen al público y su conducta personal no debe ofender a nadie".

Las actividades teatrales anteriores al año 41 están adornadas por la presencia de prestigiosos divos de la escena y la visita de compañías famosas de entonces. Todos ellos formaron la base, el caldo de cultivo generoso para que más tarde Pedro de la Barra gestara un nuevo teatro para Chile, mediante un método que incluía el lenguaje de los estados de ánimo; escenografía e iluminación al servicio de la puesta en escena; representar autores chilenos y clásicos; organizar una escuela para la formación sólida de profesionales de la escena y entregar al director la responsabilidad mayor en tal empresa.

Afortunadamente, para todos los que amamos el teatro, el maestro De la Barra no quiso ser un escritor, un director de escuela, o un profesor de aula; se subió a un escenario e iluminó la escena teatral chilena.

al Mercurio, Antofagasta, 20.VI.1981 p. 3.

656366

Pedro de la Barra y el teatro chileno [artículo] Mario Vernal A.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vernal, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pedro de la Barra y el teatro chileno [artículo] Mario Vernal A.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile